

CAMPO DE MONTIEL

agobiaba, y calculando que con otra hora de camino llegaría al chaparral, le espoleó de firme para desahogar su mal humor. Allá por las Quebradas de la Puebla empezaba apenas a pintar el día una levísima brisa refrescando el rastrojil era precursora de ello. Campitos que iba aponado en el burro como patriarca en silla rota, empezó a sentir el frescorcillo, en escalofríos que se acentuaban con la falta de ejercicio que hasta ahora hiciera al caminar, y por que (esta era la causa

más principal) la «curda» que ya iba pasada, daba el anuncio de batirse en retirada, eran los primeros síntomas del retorno a la normalidad. Pensó para sí.

—Es una tontería ir en mangas de camisa «haciendo corchetes» *, cuando llevo aquí nada menos que «tres» chaquetas. Echemos mano a una de ellas.

Metió la mano bajo las piernas, palpó..., tanteó..., buscó... ¡Requetecuernos!, pero... ¿y la chaqueta? ¿Y mi chaqueta? (un mal

presentimiento la atenazó el ánimo).

Bajó presto del asno, desandó un buen trecho de camino (aún se hacía desesperado el último tablón de esperanza) tal vez al montar, con la briega de subir las hice resbalar y caer, iba pensando para darse ánimos. Caminó otro buen espacio y entonces... el día, que ya clareando definía sin confusiones el contorno de las cosas; alumbró la verdad descarnada y real. En su cerebro barridos por esta emoción los últimos



18

vapores del alcohol, se aposentó la verdad; la realidad de la tragedia en toda su crudeza.

Las chaquetas encontradas con tanta profusión, y la que desdeñó y arrojó al río, no eran sino... «SU» propia chaqueta que el burro en su trotecillo cansino, la hacía resbalar y caer una y otra vez.

¡Pobre Camporriles! tuvo que estar un mes y pico «sin catalo», pues el duro de la cotidiana sisa, tuvo que aplicarlo para

el pago de otra chaqueta de confección que tuvo que sacar del comercio de Faustino a pagos aplazados. En verdad que hasta llegar a ella, se le hizo dura de subir la escala de la abstinencia. Y hasta el pobre jumento hubo de pagar el pato, pues se le acortó la ración de su pienso, que el tío Campitos le repilaba para echarse un «culillo» de tarde en tarde. Y como su flema era a toda prueba, comentaba luego entre jocoso y cachazudo.

—Tú ves, pues si no es por que me «chispo» no me ocurre el percance, y no había estrenado chaqueta nueva.

Y llevaba razón. Y es que el que no se consuela es por que no quiere.

* Expresión muy pintoresca de los campesinos de la comarca para denotar que se va pasando frío, no muy extremado.

TOMÁS JIMÉNEZ
Torre de Juan Abad